

Riopar.

Por F. Fuster

El nacimiento del Mundo. Algo más grande que un río es lo que nace de esta maravillosa cascada. Aquí pueden convertirse en realidad todas las leyendas. Aquí pudo tener origen la vida. Aquí pudo realizarse el grandioso milagro del nacimiento del mundo.

Estas montañas están cargadas de historia y de leyenda. Este valle era la ruta natural de todas las invasiones africanas. Por aquí pasaron los iberos, dejando inagotables vestigios de su civilización ancestral. Por aquí cruzaron los cartagineses de Amílcar y de Anibal, con sus elefantes y sus ansias inagotables de conquista. Dicen que aquí, en esta cueva profundísima donde nace el río, se refugiaron los hijos de Pompeyo, después de ser derrotados en la batalla de Munda, huyendo de las tropas de César, y que por eso este lugar recibe el nombre de Hoya-Guardia, por los centinelas que había para divisar a sus enemigos. Los hijos de Pompeyo, en una misteriosa y bellísima ceremonia pagana, debajo de los chorros, bautizaron el río que nace de esta prodigiosa cascada con el nombre de Mundo, en recuerdo de su derrota. O también porque sobrecogidos por la grandiosa fecundidad del lugar, pensaron que en él había empezado el milagro de la vida en el planeta. La leyenda es bellísima como todas las leyendas; casi tan bella como este paraje singular. La leyenda se ha convertido, para la imaginación popu-

lar, que no necesita de fuentes científicas para acreditar sus convicciones, en la más verdadera de las historias.

Pero dejemos las leyendas, con toda la emoción y la belleza que encierran, para el campo exclusivo de poetas y folkloristas; dejemos a un lado las disquisiciones, un tanto pueriles mientras se siga careciendo de la documentación adecuada, sobre si Riopar es la *Rivus Oppal* de la Urci del obispado de Indalecio. Mucho más interesante que todo esto es narrar los sucesos históricos plenamente documentados, y que durante muchos siglos estuvieron preñados de violencias y de sangre.

Las tropas agarenas cruzaron por el valle, arrasándolo todo a su paso, pero cautivados por la belleza del lugar y convencidos de su admirable situación estratégica, fundaron en lo más alto de estas peñas el castillo de Riopar, posiblemente, si fuera cierta la identificación con la población hispanorromana, en el mismo sitio que ya estaba habitado desde muchos siglos antes. Desde la estratégica atalaya dominaron todas las riquezas de la comarca y, durante muchos siglos, se defendieron a sangre y fuego de sus más implacables enemigos. En el año 1213, después de la toma de Alcaraz, Alfonso VIII vino con sus huestes cristianas para arrojar de esta comarca a los sarracenos. De esta fecha parte la historia de

Riopar, ya plenamente documentada, que en este número de AL-BASIT se nos cuenta a todo lo largo del medievo. Y de esta etapa interesante de la historia del pueblo, a raíz de la conquista cristiana, nace el monumento artístico que nos legaron: la iglesia antigua del lugar.

La descripción económica y social del Riopar de mediados del siglo XVIII es imprescindible para adentrarnos adecuadamente en la etapa más interesante de su historia. Porque la verdadera gloria histórica de Riopar es más moderna. Y no es una historia de batallas y de sangre, como la anterior, sino de paz y de progreso.

Tendrían que pasar muchos años, hasta 1772, para que este antiquísimo pueblo fundado a la sombra del castillo empezara a contar otra vez —y de una forma más positiva y fructífera— en la historia de España. En este paraje, escondido entre montañas agrestes de vegetación exuberante, lejos de todas las rutas de comunicación, lejos de todos los puntos industriales y económicos del país, se crearon las primeras fábricas de latón de la península. En este olvidado rincón nació otro nuevo mundo económico, empezó el resurgimiento de la industria metalúrgica española. Donde siempre se había escuchado tan sólo el silbido del viento en la copa de los pinos o el bucólico balar de las ovejas, surgían ahora nuevos ruidos extraños y metálicos, procedentes de los martinets y las fraguas. Y el agua, que discurría alegre por entre los finos guijarros, se veía ahora obligada a dar impulso a las ruedas de los batanes y las máquinas.

Un fenómeno inevitable de la creación de las fábricas fue el abandono paulatino de la antigua villa. En el sitio llamado de San Juan, alrededor de las instalaciones metalúrgicas, se inició una población moderna. Y Riopar, el ancestral pueblecito fundado por los árabes a la sombra de su castillo, empezó cada día a ser más pequeño, porque, como es lógico, sus habitantes se iban a vivir donde tenían un trabajo más rentable. Prácticamente, de esta forma pacífica y natural, aunque causara inevitables trastornos sociales, fáciles de imaginar, las fábricas se comieron el pueblo. Y hasta el Ayuntamiento y la Parroquia, con el tiempo, fueron trasladados al establecimiento metalúrgico.

Riopar ahora es tan sólo una pura reliquia del pasado. Una población que no ha sufrido variaciones desde finales del siglo XVIII. Unas cuantas personas, —menos de veinte— que también parecen salidas del pasado, que viven como sombras, como fantasmas históricos, habitan este pueblecito donde el tiempo se ha detenido para siempre. Si la revista AL-BASIT tuviera otro carácter, si estuviera dedicada al sensacionalismo periodístico más que a la investigación, no cabe duda que podría haber publicado un impresionante reportaje sobre este pueblo abandonado y sus pocos habitantes-sombras. No obstante, no desdeñamos un estudio sociológico actual sobre los enormes problemas que inevitablemente debe padecer una población en tal estado. Y lo publicaremos en su día, cuando hagamos un estudio científico y completo sobre el asunto. Riopar es un municipio sobre el que habrá que volver muy a menudo en esta re-

vista.

Arqueológicamente, Riopar es uno de los pueblos más interesantes de España. Un lugar que debería ser mimado y protegido como perteneciente a nuestro acervo cultural más profundo. Y al

mismo tiempo que se debía dar propaganda turística a este puro enclave del siglo XVIII, debía evitarse a toda costa que las gentes de la llanura destruyan las casas abandonadas para retirar sus piedras y construir en otros sitios. Si segui-

En la ruta turística de Riopar, detalle urbano de Alcaraz, ciudad creadora de las fábricas.



mos así, dentro de muy poco no quedará ni una casa en pie de la antigua población.

Los que emigraron a las fábricas, sin embargo, saben que sus raíces deben estar en Riopar, en el pueblo abandonado. Por eso han convertido el antiguo castillo derruido en el cementerio más bonito y pintoresco del mundo. Las tumbas, ocultas por la frondosa vegetación, dan al paisaje un no sé qué de irreal y fantástico, que hubiera hecho las delicias de la imaginación calenturienta de los poetas románticos. Riopar, pueblo del pasado, se ha convertido en la más bella de todas las residencias de la muerte.

Sin embargo, en la llanura, la vida palpita a un ritmo apresurado. Las fábricas trabajan frenéticamente. Sus antiguos martinetes y fundiciones, que en su tiempo fueron modelo de modernidad y de progreso, apenas han sufrido variaciones sensibles desde entonces. Solamente fueron sustituidas las máquinas hidráulicas por otras movidas por electricidad. Algunas cosas, muchas, se han renovado; pero en lo esencial el trabajo sigue siendo artesano, como siempre, como cuando se hacía traer la piedra-lápiz de la mina de Marbella para hacer los crisoles de la fundición del latón. Esta labor artesana es lo más importante. Aquí no se hacen piezas sin verdadera significación y profundidad artísticas. Aquí cada pieza es la obra acabada y perfecta del artesano, del artifice, del artista que la crea. Aquí cada pieza es una verdadera obra de arte.

Al lado de los grandes valores históricos e industriales de Riopar, está su indudable condición como enclave turístico. El atractivo de Riopar en este sentido no radica tan sólo en sus monumentos: el castillo, la iglesia antigua, la villa abandonada, sus fábricas doblemente centenarias... Mucho más importante es su maravilloso paisaje, la exuberante vegetación de sus encrespados montes con sus selvas de pinos piñoneros, su clima ideal, el aire purísimo de montaña, sus grandes recursos cinegéticos con sus cotos donde puede practicarse la caza mayor y menor, la gran aventura deportiva que puede suponer la exploración de sus simas y cuevas, sus excelentes instalaciones hoteleras, la simpatía personal de sus habitantes, sus buenas carreteras asfaltadas que comunican este lugar pintoresco y maravilloso con el resto de España... Todo esto hace de Riopar un enclave turístico de primerísima categoría. Y los miles de visitantes que cada año tienen la suerte de conocer Riopar por primera vez repiten la estancia en cuanto pueden alejarse por unos días del aire viciado y del ruido de las grandes ciudades, pregonando después a todos los vientos las excelencias de este lugar de ensueño, donde pudieron tener lugar todas las leyendas históricas, donde, sin la menor duda, se consiguió el milagro del nacimiento del mundo.

Francisco Fuster